



### EL ÚLTIMO DE LOS FITZGERALD.

**Y**a sabeis, amables niños, que la Irlanda es una de las tres islas que componen la poderosa nacion llamada Gran-Bretaña. Mucho antes de Jesucristo la Irlanda fué gobernada por una infinidad de reyes, cada uno de los cuales reinaba en una provincia, y esto duró hasta el siglo XII, habiendo sido convertida á la religion cristiana hácia el año de 500. En el siglo nono, los daneses, los noruegos y otros pueblos del Norte, la asolaron completamente y saquearon sus iglesias, desolacion que duró cerca de 200 años, hasta que fueron expulsados por Brieno Boirive, rey de Irlanda, que trabajó en volver á la iglesia su antiguo esplendor.



dor. Los irlandeses tienen en mucho la antigüedad de su origen, profesando gran respeto á las antiguas familias, cuyos abuelos se han distinguido en la guerra contra los bárbaros. Venerados estos nombres, se cree que su adoracion produce beneficios al pueblo, y cuando se extingue una de estas familias, el luto es general, y se teme que sobrevengan á todos graves infortunios.

Fitzgerald, duque de Leicester, marqués de Kildare, uno de los descendientes del famoso Boirive, tenia el título de rey en la provincia de Leicester. Decimos el título, porque los derechos del trono se reducian entonces á muy poca cosa, y mas bien era el jefe de CLAN, cuyo único distintivo era una túnica de lana de color de escarlata que caía sobre los hombros, sujeta al cuello con un grosero broche. Siempre comia solo, y su heredero presuntivo no se sentaba en su mesa mas que los días de solemnidad: en cuanto á su esposa, sus hijas y aun sus hijos comian en una larga mesa con los principales señores; pero la familia real ocupaba un extremo de la mesa, separándola de sus vasallos un enorme salero.

El rey tenia derecho para reunirlos en caso de invasion enemiga, y jamás faltaban á su llamamiento, siendo esto lo único en que lo reconocian por rey, pues por lo demás, habia pocas leyes, y solo la supersticion los sometia á su soberano, porque la familia de Fitzgerald era una de aquellas cuyos recuerdos históricos inspiraban mas respeto. Uno de sus abuelos se habia cubierto de gloria en un sitio que la ciudad sostuvo contra los daneses, y fué muerto salvando el pais. Sin estar canonizado, el pueblo le rezaba como á un santo, y nada hubiera podido disuadirlo de que velaba sobre ellos desde los cielos, y los protegería mientras reinasen sus descendientes. Así es, que estos descendientes poseian el amor del pueblo, y no habia un anciano que no contase la historia de esta antigua familia á sus nietos, que se habian acostumbrado á mirarlo como la salvaguardia de su pais. Bien es verdad que los señores de Fitzgerald, envanecidos con su nombre, eran dignos del aprecio del pueblo por su humanidad y el buen uso que hacian del poder.

Acaeció que el último y único de esta raza se casó y tuvo seis hijas, pero ningún varón; lo que afligió profundamente al pais que temió toda clase de calamidades, habiendo algunos que decian que era preciso que el último de los Fitzgerald hubiese cometido una falta para que Dios lo abandonase. Las hijas del rey redoblaban su bondad y sus cuidados para hacer olvidar que no podian transmitir el nombre de su padre; pero el anciano acogia su afecto con profundo dolor, y jamás familia alguna tan gloriosa por su nombre fué tan desgraciada como aquella. Después de muchas novenas, rogativas públicas, y votos de peregrinacion, Dios oyó á aquel pueblo, y Fitzgerald tuvo un hijo,



suceso que colmó de alegría á todos, y les hizo suspender toda clase de trabajo, entregándose al placer y las diversiones por espacio de quince dias.

Habia en el palacio un gran mono de la especie de los orangutanes, muy diestro, muy inteligente, y favorito de su amo, de quien era el primer criado, y que pasaba el tiempo en hacer jugarretas á todos los de la casa. Cuando vió que todo el mundo estaba alegre, se alegró tambien; y viendo que acariciaban al recién nacido, tambien lo acarició, pero con tales precauciones que conmovió á todos los espectadores. Dedicado desde entonces á cuidar al niño, si lo oia llorar mecía su cuna con la mayor gracia del mundo, y aun lo tomaba en brazos: al principio tuvieron miedo sus padres, mas lo consintieron al notar que lo hacia mejor que cualquiera mujer, y así muchas veces las que le cuidaban encargaban al mono que hiciese dormir al niño.

Luego que creció, este se hizo muy amigo del mono, y nadie se atrevió á mortificarle desde que el heredero del trono le tomó bajo su proteccion. Los dos eran inseparables, y se veia al animal trepar á los árboles á fin de cojer frutas para su amo, tomando para él solo lo que este queria darle: si se caia el niño, los gritos del mono lo advertian, no porque necesitara á ninguno para levantarle, sino porque pensaba que su protegido se habia hecho mal, y estaba desesperado. El señorito, insoportable como todos los niños mimados, pues no querian castigarle porque no enfermase, hacia sin embargo algunas cosas que no se le podian dispensar; pero cuando iban á castigarle, se refugiaba detrás de su mono diciendo; *defiéndeme!* y el animal le defendia tan bien que nadie se atrevia á acercarse, y casi siempre lo libraba de las correcciones. Así, el niño lo estimaba en mucho, porque, á pesar de su mala educacion, tenia buen corazon, cualidad que es el gérmen de todas las demás, y sin la cual las otras no valen nada: convertido á su vez en defensor del mono, cuando este hacia una mala pasada, como por ejemplo, quitar al ama su gorro, y subirlo á la copa de un árbol, el niño lo defendia, el mono danzaba, y la pobre ama no se atrevia á ponerle un dedo encima. Excepto estas ligeras bromas, que no turbaban la felicidad de alma viviente, la ciudad de Kildare se hallaba tranquila; el pueblo contaba con el apoyo del cielo, y el rey alzaba la cabeza no con orgullo, pero sí alegre.

Mas hete aquí que una noche se oye una funesta campana, se despierta el pueblo, se levanta, vé el cielo enrojecido, y observa que una llama devoradora y enormes columnas de humo se elevaban de un monte. Se habia prendido fuego al palacio de los Fitzgerald, y como entonces las mansiones reales de Irlanda estaban situadas en medio de los bosques, todo se habia abrasado. El pueblo corre á salvar á su rey: unos sacan en bra-

:

zos al príncipe; otros se precipitan en la estancia del niño, y encuentran á su infeliz madre tendida sin conocimiento sobre el suelo medio consumido por las llamas, al lado del lecho vacío de su hijo; la sacan inmediatamente, ponen en salvo á las hijas, y no encuentran al hijo. En vano los infelices jornaleros hicieron prodigios de valor, mostraron el valor mas intrépido, y se arrojaron en medio de las llamas, donde perecieron muchos de ellos. Fitzgerald era detenido á la fuerza por sus vasallos; el último vástago de aquella familia ilustre habia perecido, y al menos querian conservar al padre, pues no ignoraban que era perderlo dejarlo ir á socorrer á su hijo.

El palacio se desplomó, mas el viento arrojaba las llamas sobre las casas inmediatas, sin que nadie pensase en cortar el incendio, pues la desesperacion se habia apoderado de todos los corazones. De repente se oye un grito agudo, lanzado por el mono que tenia al niño entre sus brazos: él fué el primero que vió el incendio desde el jardín; al instante pasa el foso que cercaba el palacio; trepa por la pared hasta la estancia de su amo; levanta el pestillo de la puerta, la abre, coje al niño medio dormido, y lo conduce de tejado en tejado por la parte opuesta á las llamas. Hecho esto gritaba, y el pueblo le respondió con otros gritos de alegría, precipitándose á ayudar á que bajasen tanto el mono como el niño, á los cuales acariciaban indistintamente.

Desde entonces se añadió un mono á las armas del rey, ocupando hoy el primer lugar en el escudo de Lord Fitzgerald, duque de Leicester, marqués de Kildare, señor principal de Irlanda.

El mote del escudo es:

CHURM-Á-ROO.

## LA CRUZADA DE LOS NIÑOS.

*Dios lo quiere así!...*

(Continuacion.)

### VI.

Los jóvenes prisioneros fueron conducidos á diferentes poblaciones de Egipto, caminando tras de sus amos que llevaban rápidos corceles: la arena inflamada lastimaba sus pies; los rayos del sol cayendo á plomo quemaban sus rostros, y cuando, casi muer-



tos de fatiga, retardaban el paso, un látigo cruel manejado por un negro desgarraba sus carnes. Por un refinamiento de barbarie, los ejipcios se habian complacido en separar á los que creian enlazados con los vínculos de la sangre ó de la amistad, no teniendo los pobres niños ni aun la satisfaccion que experimentan los infortunados en sufrir juntos.

Mas dichosos sin embargo que la mayor parte de sus compañeros, Enguerrando é Isolino habian sido vendidos á un solo amo, que se llamaba Ibrahim Ben Sangiar, y moraba en Damieta, á cuya ciudad volvió despues de la escena terrible que pasó á orillas del mar.

En las magestuosas facciones de Ben Sangiar se hubiera podido, á través de su gravedad natural, leer esa fria crueldad de los musulmanes, que tan poco caso hacen de la vida de sus semejantes. Habitado al mando absoluto, rodeado de esclavos que le servian temblando, y procuraban adivinar hasta sus deseos, el anciano ejipcio envolvió á Enguerrando é Isolino en el desprecio con que trataba á sus demás esclavos, poniéndolos bajo la autoridad de un nubienso su favorito, cuyo odio contra los cristianos no tenia límites. Abusando del poder que le habia concedido el amo, y ejerciendo la persecucion por su cuenta, apresuróse Massoud á someter á los cautivos á durísimos trabajos, tratándolos con espantoso rigor, y viendo con placer las lágrimas que bañaban á menudo los ojos de Isolino. Pero Enguerrando jamás le daba este gusto, porque el noble doncel habia conservado toda su fuerza de alma en la tierra del destierro y en el seno de sus males. Sostenido por su indignacion, no derramaba una lágrima ni exhalaba un gemido, recibiendo con los brazos cruzados y en silencio los golpes del feroz Massoud; pero en revancha, cuando el nubienso amenazaba á Isolino, se ponía delante para cubrirle con su cuerpo, perdía la paciencia, y costaba trabajo contenerle.

Ibrahim Ben Sangiar preguntaba con frecuencia por sus esclavos de Europa, cuyo valor le llamaba la atencion: así es que queria le sirviesen, y siempre uno de ellos le tenia el estribo cuando montaba á caballo. Por la tarde, cuando el opulento ejipcio se sentaba en su dorada lancha que hendian las ondas del Nilo, Enguerrando é Isolino, acostumbrados á luchar contra las olas del mar cantábrico, manejaban los remos de orden de Ben Sangiar.

— «Cantad á estilo de vuestro pais,» decia el musulman, y entonces evocando la memoria de lo pasado y los recuerdos de Castilla revivian en sus acentos las playas y las rocas, las enmarañadas selvas, los senderos del bosque, la barca del pescador, los campanarios de las ermitas y las torrecillas de las fortalezas feudales. No olvidaban el castillo de Muriel, y llenos de emocion,



los nobles donceles soltaban los remos pensando en su madre, en su hermana la tierna Berenguela y en el piadoso Leodegario; pero un gesto imperativo de Ben Sangiar ó la ruda voz de Massoud los volvía bien pronto á la realidad, y comenzaban á remar, suspendiendo su canto.

—Quereis ser libres? les preguntó un día su amo.

—Que si queremos? exclamó Isolino, siempre dispuesto á acoger cualquier rayo de esperanza.

—Espera, hermano, murmuró Enguerrando: quién sabe si nos tenderá algun lazo?

—No os ofrezco enviaros á vuestro pais, la tierra de los infieles; sino que quiero que os quedeis en Egipto no como esclavos sí como amigos míos y partícipes de mis riquezas. Escuchadme pues! Es preciso que renunciéis á vuestra religion llena de mentiras, y que bañéis vuestras almas en la fuente de la verdad que ha prometido el profeta á los verdaderos creyentes.

—Nosotros, hijos de un cruzado, dijo Enguerrando, nosotros que hemos militado en las banderas de Cristo, habiamos de apostatar como traidores? jamás!

—Os daré la libertad.

—Las cadenas con que Dios nos oprimirá en la eternidad son mas pesadas que las vuestras.

—Acordaos de que me perteneceis, y de que puedo mandar.

—Tambien teneis derecho para condenarnos á muerte....

—Y lo haré si persistís en vuestra resolucion. Reflexionad sobre mi proposicion, y elegid entre ser un dia grandes y poderosos en este pais, ó arrastrar una existencia miserable que abreviarán mil tormentos.

—Mi eleccion está hecha, dijo Enguerrando.

—Y la tuya? preguntó Ben Sangiar, dirigiéndose á Isolino. Quieres poseer un palacio con jardines y esclavos, gozando el favor del califa? Responde.»

El tímido Isolino dudó un momento; pero notando la mirada de indignacion que le lanzó Enguerrando, dijo en tono melancólico:

—«No dudes de Isolino, hermano: el hijo del conde de Muriel jamás faltará al honor.

—Ya lo ois, repuso Enguerrando. Nuestra resolucion es inmutable, y nuestro corazon permanecerá tan firme como la roca de granito sobre la cual se eleva el castillo de nuestros abuelos.»

El ejipcio dió dos palmadas, y mandó á los esclavos que acudieron á esta seña que se llevasen á Enguerrando é Isolino, cargándolos de grillos. Massoud, que habia temido perder su crédito, deseando que Ben Sangiar no volviese á admitir á su inmediato servicio á los dos españoles, iba á anunciarle á cada instante que lejos de ceder se envanecía de su obstinacion; y co-

mo lo que necesitaba aquel hombre perverso era la muerte de los que habia creído sus rivales, se cebaba en ellos, castigándolos con fiera crueldad.

Desgarrado á latigazos, reducido al mas grosero alimento, y tendido en el suelo, Isolino era presa de una fiebre violenta, momento escogido por el nubienso para separar á los dos hermanos. Entró pues bruscamente en la sala, y sacudió el brazo de Enguerrando que á la sazón daba al enfermo un poco de agua fresca, que le habia costado sumo trabajo adquirir.... El agua saltó del vaso de madera que la contenia, y volviéndose Enguerrando furioso se arrojó al negro á quien cogió por la garganta; este sacó un puñal para herir á su adversario; pero algunos esclavos que acompañaban á Massoud se interpusieron entre él y Enguerrando. Massoud metió el puñal en su vaina de plata, y dijo con desden:

—«Eres algo vivo; mas el trabajo y la edad calmarán el ardor de tu sangre.

—¿No comprendes, reptil, que ese agua debia calmar la sed ardiente de mi pobre hermano?

—No te apures, que ya tendrás quien le asista.

—Qué es lo que dices?

—Que el amo me ha mandado te saque fuera de la ciudad, y que te conduzca á la habitacion de Schirzard, á quien desde hoy perteneces.

—Separarme de mi hermano!

—Por supuesto.

—Solo por fuerza me arrancareis de este sitio.

—Pobre de tí si nos obligas á que recurramos á ella!»

Isolino, que durante esta escena no habia hecho otra cosa que sollozar, se incorporó en su lecho de juncos, y dijo á su hermano abrazándole:

—«Somos esclavos, y debemos obedecer á una ley imperiosa; vete pues, y acuérdate de mí.

—Pero qué pensarás de mí si te abandono? dijo Enguerrando.

—Pensaré... en lo que el Redentor sufrió por nosotros.»

Massoud hizo una seña á los esclavos, y como toda resistencia hubiese sido inútil, porque eran veinte contra él, Enguerrando se dejó llevar, y por la primera vez desde su llegada á Damietta volvió á ver las calles de esta ciudad: por todas partes buscaban sus ojos algunos de los desgraciados niños vendidos por Archibaldo, y solo vió á dos cargados con unos maderos y cubiertos de sudor.

—«Animo, amigos míos!» exclamó; pero aquellos infelices embrutecidos por su vida miserable, ni siquiera volvieron la cabeza al sonido de un acento europeo.

Cuando Enguerrando fué introducido en la habitacion de Schir-



zard, el nubiense lo entregó á una especie de intendente árabe llamado Ali-Eddhah, diciéndole:

—«Haz lo que puedas con este perro infiel, á quien mi amo no ha podido domesticar.

—No tengas cuidado, respondió el intendente, que ya sabemos como se doma á los leones.»

Y sin dejar á Enguerrando un solo momento de descanso, le condujo á una sala baja y abovedada, donde le encerró, mandándole ayudase á un esclavo ya viejo, que se ocupaba en dar vueltas á una rueda de molino para machacar el grano de maiz.

Era una especie de cueva húmeda, infecta y tan oscura, que deslumbrados los ojos con la luz de fuera, se acostumbraban con trabajo á aquellas repentinas tinieblas. Poco á poco un débil rayo de luz aparecía á través de una claraboya, y permitía descubrir lo que se hallaba en la cueva. Al ruido que produjo la entrada de Enguerrando, el esclavo alzó la cabeza encorbada por la fatiga y la tristeza. El doncel se estremeció al aspecto de aquel rostro pálido y marchito, y sobre todo observando dos profundas cavidades que indicaban hartamente bien que habían sacado los ojos al esclavo. Por lo demás, su corazón palpitaba con violencia, y cuanto mas consideraba al desconocido, tanto mas se le figuraba haberle visto, aunque no podía recordar en que sitio ni en que tiempo.

—«Pobre esclavo como yo! exclamó el viejecito; te han condenado á un trabajo muy rudo.

—Es español! gritó Enguerrando.

—Me has comprendido.... Con que los dos somos de Castilla?... bendita sea la Providencia!

—Desde que os ví, dijo el doncel, late mi corazón con fuerza.

—También yo me he conmovido.

—Infortunado! hace mucho tiempo que jemís en el fondo de este calabozo?

—Ay! privado de la luz de los cielos, no puedo calcular el número de los días; pero me parece que debo haber estado aquí cinco ó seis años.

—Cielos! y no se ha cansado vuestra constancia?

—Qué es un poco de sufrimiento para el que quiere ganar su salvación?... Al cabo de algunos años de cautividad, no sentirás los malos tratamientos.... Pero ó me engaña tu voz ó has comenzado desde muy temprano el aprendizaje del infortunio....

—Sí, pero todo se puede llevar por un padre: ha perecido en la última cruzada, y yo venía á vengarle.

—A tu padre?

—Sí, el guerrero mas valiente entre todos los guerreros astures.

—Tú has nacido en Asturias! exclamó el anciano.... Oh! yo también soy astur.

—Vos!... Y cómo os llamais.



- Angilberto de Muriel.
- Mi padre!...
- Qué es lo que dices?
- Yo soy Enguerrando de Muriel.
- Cielos!... ven á mis brazos, á mis brazos.... deja que te estreche contra mi corazon.... Con que eres tú, mi hijo mayor, la esperanza de mi raza!... Qué es de Isolino?
- Se halla tambien en esta tierra de esclavitud.
- Pobre chico!... y Leodegario?
- Se quedó en el castillo.
- Gracias, Dios mio, que has salvado á uno! y Berenguela?
- Se halla al lado de mi pobre madre, que lloró mucho al vernos partir para la cruzada.
- Insensatos! y qué podiais vosotros esperar, cuando hombres mas fuertes y cubiertos de hierro han sucumbido?
- Yo queria vengar vuestra muerte.
- Quién os dijo que yo habia muerto?
- Un francés llamado Archibaldo.
- Cómo! ese traidor!... él es quien vendió al enemigo el secreto de nuestra marcha.
- Y el que, de vuelta á Europa, predicó la cruzada de los niños, trayéndonos á las costas de Egipto para entregarnos á los infieles.
- Infame! dos veces Judas!
- Mas él mismo pereció miserablemente perseguido por los ejipcios.
- Dios es grande!... Créelo, Enguerrando, en el fondo de todo esto hay un objeto oculto.... Si hubieses seguido los consejos de tu noble madre, Dios no hubiera castigado tu temeridad, ni Hermingilda lloraría tu ausencia.
- Pero no me hallaría á vuestro lado, padre mio, ni tendria el placer de consolaros. Mirad, yo no he pasado largos años en el calabozo, y estoy robusto y lleno de salud.... encomendadme pues la tarea de dar vueltas á la rueda de molino.
- No, no, déjame continuar.... Tu presencia me ha vuelto las fuerzas.
- La vuestra redoblará mi valor.
- Pues bien! los dos trabajaremos por turno.... mas silencio, que se acerca el feroz Alf-Eddhah.»
- Desde aquel dia se contempló feliz el anciano con tener á su lado á Enguerrando, y los dos hablaban sin cesar de Isolino, pensando con frecuencia en España y en el castillo de Muriel.
- Ay! decia el doncel; ya no tornaremos al castillo de nuestros abuelos.
- Hijo mio, respondia el señor Angilberto; al hombre no le es permitido alzar el velo del porvenir; pero Dios no olvida á sus



servidores, y cree en mi predicción, volveremos á nuestra patria.

—Nunca, padre mio, nunca!

—Silencio, Enguerrando, que tu duda ofendería á Dios. Yo, á quien los sarracenos han privado de la vista, yo que sufro hace tantos años, he conservado la esperanza, y aguardo con paciencia el día de mi libertad. Imitame, y pide al cielo que oiga nuestras fervientes súplicas.

—O padre mio! decía Enguerrando, sois la sabiduría en persona. Perdonadme, pues aun cuando no tengo todavía vuestra fuerza de alma, procuraré mostrarme digno de mi buen padre!

Y los dos continuaban dando vueltas á la rueda de molino.

(Se concluirá.)



#### EL PERRO RABIOSO.

SE dá el nombre de rabia á los fenómenos que resultan en el hombre de la mordida de animales rabiosos. Esta enfermedad se desenvuelve espontáneamente en el perro, el lobo, el gato y el zorro, que pueden trasmitirla á los demás cuadrúpedos ó al hombre; pero no se sabe que sobrevenga sin anterior mordedura á los animales de otras especies. La rabia es una enfermedad aguda, caracterizada por accesos de furor, deseos de morder, acompañada de horror al agua y á cualquiera otra bebida, y algunas veces de convulsiones á la vista de los cuerpos brillantes y luminosos.



Cuando la rabia acometió á un perro, se pone triste y abatido, y permanece sentado en un rincón, refunfuñando con frecuencia, sin causa aparente sobre todo á los extraños, á los cuales procura morder; las mas de las veces rehusa el alimento y la bebida, ó los toma en corta cantidad. Al cabo de dos ó tres dias se aumentan los síntomas, el animal deja de pronto la casa de su amo, y huye hácia cualquiera parte; pero su marcha es incierta é insegura, y corre con el pelo herizado, ensangrentados, fijos y brillantes los ojos, la cabeza baja, la garganta ardiendo, y llena de una baba espumosa, el rabo encogido, como vereis en la lámina, y la lengua colgando. Entonces experimenta accesos de furor que se repiten por intervalos, se lanza sobre los animales que encuentra, los muerde y continua su camino, siendo este el período de la enfermedad en que el animal por lo regular no toma alimento alguno, y evita la bebida.

Cuando un hombre sea mordido por un animal rabioso, al momento debe lavarse la herida, oprimirla en diferentes sentidos para esprimir la sangre, y extraer la baba que el diente del animal haya dejado. Puede emplearse para este objeto el agua de una fuente, de cualquier arroyo que esté cerca; pero la operación es mucho mas eficaz si se hace uso del agua caliente mezclada con jabon, sal, cal ó legía; y tambien se puede emplear la orina caliente. Despues de estos baños que deben hacerse con mucho esmero y por espacio de diez minutos, es necesario quemar la parte mordida, sea aplicándola un hierro ardiendo, sea valiéndose de un cáustico, como el agua fuerte ú otra sustancia por el estilo. Luego se benda la herida, poniéndola ungüentos que faciliten la supuración y desprendan la carne quemada.

## HISTORIA SAGRADA.

### SAUL.

(Continuacion.)

### DERROTA DE LOS PHILISTEOS.

**C**ERCA de un mes habria pasado cuando Naas, rey de los Amonitas, se puso en campaña y embistió á Jabes en Galaad. Los habitantes de esta poblacion pidieron socorro á Saul, el cual reunió su ejército que se componia de trescientos mil israelitas y treinta mil de la tribu de Judá, adelantándose á socorrer la poblacion sitiada.



Entró en el campamento de los enemigos; y los derrotó completamente.

Aquel día hubo en Israel grandes festejos, todo el pueblo se trasladó á Gálgala, y en presencia del Señor por segunda vez reconocieron á Saul por rey.

Verificada esta ceremonia, Samuel recordó al pueblo lo que le había sucedido desde la salida de Egipto. Les manifestó que el poder de Dios les había colmado de beneficios mientras siguieron sus preceptos, y que cuando abandonaron su culto les habían afligido males espantosos.

—«No os separéis de él, dijo, por seguir cosas fútiles: temed al Señor, y servidle de corazón, porque ya habeis visto los portentos que ha hecho entre vosotros. Si perseverais en el mal, perecereis todos con vuestro rey. Por lo que hace á mí, jamás cesaré de rogar por vosotros, y siempre os enseñaré á marchar por el camino recto.»

Algun tiempo despues Saul escogió tres mil hombres del pueblo de Israel, se llevó dos mil al monte de Bethel, y dejó á Jonathás con mil hombres en la tribu de Benjamin; en seguida envió á sus casas al resto de los israelitas.

Jonathás batió á la guarnicion que los philisteos tenían en Gabaa. Saul publicó esta noticia por todo el reino, y el pueblo se unió á él en Gálgala con gran ruido y algazara.

Los philisteos por su parte se prepararon á combatir á Israel, y fueron á acampar en Machmas con treinta mil carros, seis mil caballos y una multitud de peones tan numerosa como la arena que hay en las orillas del mar.

Cuando supieron esta noticia, temblaron los hebreos, y se ocultaron en las cavernas, en las rocas, en los subterráneos y en los pozos, en todas partes, donde creían librarse de los enemigos. La gente que se había reunido en Gálgala comenzaba á abandonar á Saul: este hizo un sacrificio al Señor, y Samuel llegó en aquél instante, censurando la conducta del rey, que había cometido una falta atacando á los enemigos á pesar de las órdenes del Señor.

Los hebreos no tenían defensa, porque los philisteos, que los tenían bajo su dominio, les habían quitado las armas, de suerte que cuando llegó el día del combate, Saul y su hijo Jonathás eran los únicos que tenían una lanza y una espada.

Jonathás dijo á su escudero:

—«Ven conmigo, y lleguemos á esa tropa que los philisteos han colocado como guardia avanzada.»

Salieron del campamento sin decir una palabra á Saul que estaba alojado á la otra extremidad de Gabaa, y solo tenía seis hombres.

El sendero por donde Jonathás procuraba subir al puesto que

los philisteos ocupaban, estaba rodeado por todas partes de rocas muy altas y escarpadas, cuyas puntas se alzaban en forma de dientes.

Cuando los enemigos los divisaron, dijeron:

— «Los hebreos salen de las cavernas donde se habian ocultado.»

Y los que se hallaban mas cerca del campamento gritaron:

— «Subid acá, y os harémos ver lo que es bueno.

— Subamos, dijo Jonathás, porque el Señor los ha puesto en manos de Israel.»

Treparon por entre las rocas, ayudándose con los pies y las manos, y cuando estuvieron cerca de los philisteos se arrojaron á ellos, derribando á unos cuantos. El espanto se esparció al momento entre los philisteos, y todos los que habian salido para robar en las campiñas, se llenaron de terror, porque conocieron que aquello era milagro de Dios.

Viendo los centinelas de Saul los cadáveres que yacian en tierra y á los que huian en desorden, dieron parte al rey, el cual notó entonces la ausencia de Jonathás y su escudero.

Saul consulta al arca del Señor, y como se oyese un ruido confuso y estrepitoso hácia el campamento enemigo, el rey lanzó un grito que fué repetido por todo el pueblo.

Los hebreos se encaminaron al lugar del combate, y vieron que los philisteos en su espanto se habian atravesado los unos á los otros con sus espadas.

Se reunieron al momento, y persiguieron á los que habian logrado escaparse.

De este modo el Señor, salvando á Israel, dió una prueba de su inmenso poder y de su infinita bondad.

Aquel mismo dia dijo Saul á su gente:

— «Maldito sea el que coma antes de la noche, hasta que me haya vengado de mis enemigos!»

El pueblo se abstuvo de tomar alimento, y á poco los hebreos penetraron en un bosque, y vieron el suelo cubierto de miel. Ninguno de ellos se atrevió á tocarla, á causa de lo que habia dicho el rey; pero Jonathás, que no habia oído las palabras de su padre, extendió la vara que tenia en la mano, mojando la punta en un panal, y se la llevó á la boca. Sus fuerzas agotadas con las fatigas de aquel dia comenzaron á revivir.

El pueblo al ver esta accion de Jonathás se afligió.

Pero Jonathás lo invitó á comer á fin de poder continuar la persecucion de los philisteos. Los hebreos los rechazaron hasta Ayalon, y precipitándose sobre sus ganados, se apoderaron de carneros, bueyes y terneras, y los comieron sin separar la carne de la sangre.

Cuando lo supo Saul dijo al pueblo:

— «Habeis violado la ley del Señor, que ordena no comer car-



ne de los animales con su sangre. Traed una gran piedra; que todos traigan su buey ó su carnero; los degollareis sobre ella, y no pecareis contra el Señor.»

Entonces Saul elevó en aquel sitio un altar á Dios.

En seguida consultó al Señor para saber si debía continuar persiguiendo á los philisteos; pero no obtuvo respuesta. Juzgando entonces que Dios no estaba aplacado, buscó al que hubiese cometido una falta, y le designaron á Jonathás. El jóven confesó que habia cogido un poco de miel con la punta de una varilla y la habia probado.

— «Que Dios me trate con toda severidad si no morís hoy! exclamó Saul.

— Cómo! respondió el pueblo, Jonathás habrá de morir cuando acaba de salvar á Israel de un modo tan extraordinario? No, esto no es posible. Juramos por el Señor que no le tocarán ni á un cabello, porque hemos visto que hoy ha procedido con el auxilio divino.»

Así se salvó Jonathás de la muerte. Saul no persiguió mas tiempo á los philisteos, y los dejó volver á sus casas.

Afirmado en su trono con aquella victoria, combatió contra los pueblos que querian oprimirle, y libró á Israel del yugo de los que devastaban sus tierras.

### EL ÁRABE.

**Q**ué gallarda levanta su follaje  
La palma solitaria de Elb-keddi,  
Cuando penetra el sol por su ramaje,  
Llamando á plomo su calor allí!

El firmamento en púrpura se inflama  
Con los rayos que arrastra el huracan,  
Y es ardiente la arena cual la llama  
Que se eleva del cráter de un volcan.

En alas del Simun veloz se arroja  
Torbellino de arena abrasador;  
Y refleja al través, flotante y roja,  
La luz del sol su ardiente resplandor.

Entre arena que baña resonando  
De algun antiguo esfinje el roto pie,  
El árabe corcel vá galopando;  
El Cairo al lejos relumbrar se vé.

Alazano, hermoso mío,  
Alza la frente serena,  
Que ya el desierto de arena  
Se ostenta en su magestad.  
Ya estamos solos: tu brio  
Sacuda el placido sueño!  
Respira como tu dueño  
El aura de libertad!

## II.

El palacio entre sus muros  
No me ofrece independencia;  
Qué me hiciera su opulencia,  
Cuando vivo libre aquí?  
Quién por el mar no dejara  
La fuente misera y fria,  
O el rosal de Alejandria  
Por la palma del Zaeddi?

## III.

El murmullo entre las flores  
No escucho aquí de la brisa,  
Ni la plácida sonrisa  
De pacífico raudal.  
Pero corre ronco el viento,  
Sin parar su vuelo un monte!  
Pero miro un horizonte  
De topacio y de coral!

## IV.

El sol detiene su giro  
Por contemplarme: navego  
Por un piélago de fuego,  
Sobre mi hermoso alazan.  
El no borra en su carrera  
La huella de un paso humano,  
Que yo reino soberano,  
Donde reina el huracan.

## V.

Dios á los hijos de Europa  
Dió ciudades y jardines,  
Y entre danzas y festines  
Los hizo esclavos allí.  
«Trabaja!» dijo al cristiano;



Pero al árabe indolente:  
«Sé tu libre, independiente!  
El desierto es para tí.»

## VI.

Cuando la luz de la aurora  
El horizonte ilumina,  
Tercio mi fiel carabina  
Sobre mi ardiente corcel.  
Y á la sombra de un esfinje,  
De las tumbas de los reyes,  
Doy soberano mis leyes  
Al creyente y al infiel.

## VII.

Espacio, sin fin! inmenso!  
Mi primera, dulce cuna!  
Bello si el sol, si la luna  
Reflejan su luz en tí.  
Qué me importa entre jardines  
El vivir cobarde, incierto?  
Quiero habitar el desierto;  
Quiero morir do nací.

S. B. DE CASTRO.

